



LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

6 DE OCTUBRE DE 1878.—NÚM. 14.

Revista de teatros.

Semana fecunda.—Comedia. La primera en la...

La semana que hoy termina ha sido, en verdad, fecunda en acontecimientos teatrales...

En el teatro de la Comedia actúa la misma compañía que en años anteriores...

El mencionado teatro abrió al público en la noche del finis, poniéndose en escena la comedia nueva en tres actos...

La señorita Vitali estuvo bien, apesar del temor que se veía la embargaba.

Nuestra compatriota Helena Sanz, muy bien en su parte de Magdalena.

Gayarre, admirable en el dúo de tenor y tiple del segundo acto...

Y, propósito de aplausos: hemos oido decir que el Sr. Robles ha suprimido la claque en su teatro...

El desempeño de la obra esmeradísimo por parte de todos los actores...

En la noche del jueves comenzó sus tareas, en el teatro de Apolo, la compañía dramática italiana...

Apesar de haber trascurrido cerca de veinte años desde que la eminente trágica se dió a conocer en Madrid...

Medea, tragedia en tres actos, de Ernesto Legouvé, era la obra que en la citada noche se representaba...

El carácter de Medea es de una interpretación difícilísima. Extraña mezcla de ferocidad y de dulzura...

Las terribles luchas de encontradas pasiones que de todo eso se deducen, hacen que el carácter de Medea sea sumamente difícil de interpretar en la escena...

Eso precisamente es lo que sucede a Adelaida Ristori, verdadero genio del arte escénico...

Por nuestra parte, renunciamos a des-

cribir los innumerables bellísimos rasgos con que la incomparable actriz dibuja el tipo que representa...

Los demás individuos que componen la compañía, sin ser actores de primer orden, pues únicamente siéndolo podrían brillar al lado de la Ristori...

Rigoletto ha sido la ópera elegida para inaugurar las tareas en el regio coliseo...

El baritono Pandolfini es un artista notable, á quien el público no escatimó merecidísimos aplausos.

La ejecución buena, distinguiéndose esencialmente la señorita Gonzalez, nueva tiple cómica...

La señora Franco de Salas, Dalmau, etc., etc., como el año pasado.

Conste que las etcéteras no rezan con los coros ni con la orquesta, pues una y otros estuvieron admirablemente.

WERTER.

Las calamidades públicas.

El que dijo que si Dios no existiera habría que inventarle, dijo una verdad de primera magnitud.

No sólo por la necesidad de creer en un Sér supremo, cuya voluntad y designios estén por encima de cuanto los hombres puedan imaginar...

Lo malo es que, al proceder de esta manera, ni se engaña á Dios ni á los hombres; á lo sumo, los que lo hacen, se engañan á sí mismos.

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

meses en estado de canuto: los labradores la ven y pasan el tiempo contemplándola, hasta que el insecto se desarrolle...

Si en lugar de dárselos se exigiera responsabilidad á los propietarios de los terrenos donde se cria, como al que tiene un perro ó toros bravos...

Ante todo, diremos que la empresa ha estado acertadísima en las reformas introducidas en el local...

La banda del rey se titula la zarzuela estrenada el viernes, letra de D. Emilio Alvarez, y música de los señores Caballero y Casares.

El libro está discretamente escrito, pero no logra interesar gran cosa al público.

La música es bastante desigual, siendo los mejores números los del último acto, especialmente el coro de hombres y el preludio por la orquesta...

La ejecución buena, distinguiéndose esencialmente la señorita Gonzalez, nueva tiple cómica...

La señora Franco de Salas, Dalmau, etc., etc., como el año pasado.

Conste que las etcéteras no rezan con los coros ni con la orquesta, pues una y otros estuvieron admirablemente.

WERTER.

Las calamidades públicas.

El que dijo que si Dios no existiera habría que inventarle, dijo una verdad de primera magnitud.

No sólo por la necesidad de creer en un Sér supremo, cuya voluntad y designios estén por encima de cuanto los hombres puedan imaginar...

Lo malo es que, al proceder de esta manera, ni se engaña á Dios ni á los hombres; á lo sumo, los que lo hacen, se engañan á sí mismos.

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

El descuido y la holgazanería, éstas son las verdaderas causas de las calamidades públicas y de casi todas las privadas.

Se destruye el arbolado de los montes, se dejan sus laderas completamente peladas, se dejan sus montañas completamente peladas, no llueve, y las plantas se agostan.

Viene luego un nublado de países lejanos, y arroja sobre el nuestro cantidades inmensas del precioso elemento; pero el suelo no está dispuesto para recibirlo...

de alguno, han contribuido á exagerar, dando á los hechos proporciones que han estado muy léjos de tener.

Auméntese el rigor; alejense de la población todos los establecimientos reconocidos como insalubres...

Téngase en cuenta que Madrid sufre perjuicios de consideración con las noticias que han circulado, porque muchas familias se retraen de volver á la capital...

Una nueva plaga amenaza destruir los viñedos de países vecinos. Nosotros tenemos gran riqueza en ese ramo...

El remedio. Se reúne un Congreso de sabios, se discute, se adopta un plan, y el resultado de las deliberaciones se convierte en un proyecto de ley...

Tan pronto como el proyecto se convierte en ley, aparecen manchas sospechosas en las viñas de varias comarcas...

Se levanta un empréstito para lo sucesivo, porque el mal va creciendo. Pero el empréstito fracasa, y desde entonces no vuelve á hablarse de nuevos terrenos invadidos.

Es una observación que deben tener presente los sabios cuando vuelvan á reunirse.

Se acaba una guerra que ha causado á la Patria inmensas é irreparables pérdidas.

Vuelven los que han sostenido el honor nacional, y todos los esperan con los brazos abiertos.

Entonces se refrena el entusiasmo, y se acuerda que antes de penetrar en la madre patria se sujeten á algunas medidas de precaución.

Se hace así con los primeros que llegan, pero al propio tiempo las prescripciones sanitarias caen en desuso...

Aquellos hombres simpáticos, á quienes todo el mundo veía con satisfacción el día antes, comienzan á inspirar recelos...

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

de alguno, han contribuido á exagerar, dando á los hechos proporciones que han estado muy léjos de tener.

Auméntese el rigor; alejense de la población todos los establecimientos reconocidos como insalubres...

Téngase en cuenta que Madrid sufre perjuicios de consideración con las noticias que han circulado, porque muchas familias se retraen de volver á la capital...

Una nueva plaga amenaza destruir los viñedos de países vecinos. Nosotros tenemos gran riqueza en ese ramo...

El remedio. Se reúne un Congreso de sabios, se discute, se adopta un plan, y el resultado de las deliberaciones se convierte en un proyecto de ley...

Tan pronto como el proyecto se convierte en ley, aparecen manchas sospechosas en las viñas de varias comarcas...

Se levanta un empréstito para lo sucesivo, porque el mal va creciendo. Pero el empréstito fracasa, y desde entonces no vuelve á hablarse de nuevos terrenos invadidos.

Es una observación que deben tener presente los sabios cuando vuelvan á reunirse.

Se acaba una guerra que ha causado á la Patria inmensas é irreparables pérdidas.

Vuelven los que han sostenido el honor nacional, y todos los esperan con los brazos abiertos.

Entonces se refrena el entusiasmo, y se acuerda que antes de penetrar en la madre patria se sujeten á algunas medidas de precaución.

Se hace así con los primeros que llegan, pero al propio tiempo las prescripciones sanitarias caen en desuso...

Aquellos hombres simpáticos, á quienes todo el mundo veía con satisfacción el día antes, comienzan á inspirar recelos...

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

Se piden datos, se hacen investigaciones, se ponen en movimiento los resortes científicos, y resulta que, por fortuna nuestra, la alarma es infundada.

güen en el periódico, y si la fortuna le proporciona un duelo político, ¿qué más quiere?

Aunque no sabe escribir, sabe hacer cara, y caras, y con este motivo se permite trasladar su crédito al café de la Iberia.

—Señores, no hay que cansarse, la revolución viene,—exclama en un grupo político neutro.—¿Qué puede esperarse de un país en donde las nulidades administrativas ocupan los mejores puestos, en tanto que ustedes y yo, la flor y nata de la juventud, vivimos en la oscuridad?

—¿Tiene razón! ¡tiene razón!—contestan sus oyentes.

La fama que ha adquirido entre los hombres de Estado que se dignan ir á tomar café á la Iberia, le proporciona la ocasión de entrar en un periódico conservador con 30 duros, y en uso de su autoridad, es conservador por 600 reales.

Pero al abandonar los antiguos periódicos, puede matar dos pájaros de una piedra.

El medio es conocido: escribe un comunicado anunciando que no está conforme con la marcha política que llevan, declara que un deber de conciencia le impide continuar en la redacción, y consigue que en Consejo de ministros se pregunten unos á otros los consejeros de la Corona:

—¿Quién es ese muchacho?

A fuerza de oír y de ver, acaba por saber escribir esos artículos de oposición en los que todo se ataca.

—Es un chico muy útil, nos puede hacer daño,—se dice en ciertas esferas. Y cátenle ustedes ya un hombre verdaderamente importante.

No falta un partido que le ofrezca cincuenta duros en un periódico, y la esperanza de ser funcionario cuando triunfen los suyos.

Acepta esta transformación, como siempre, con acompañamiento de bombo y platillo; va al casino, al círculo, murmura de todos; hace el amor á una vieja rica, atropella á los porteros de las oficinas, triunfan los suyos, y de un salto se convierte en gobernador ó en enviado extraordinario.

Al ver á sus amigos próximos á caer, los abandona, ayuda á los que están llamados á subir, y como tiene que explicar su conducta, exige de sus nuevos correligionarios que le den un asiento en el Congreso. Los electores le votan, y ahí le tienen ustedes hecho todo un señor diputado.

Alguna que otra vez llega á ministro. Pero en medio de sus triunfos tiene dos enemigos que le persiguen, que le acosan, que le martirizan: la opinión pública y la conciencia.

Si huyendo del martirio se refugia en la familia que con su conducta destruye, la familia aumenta su tormento.

No llega á viejo, porque el veneno que fabrica para matar á los demas, le mata, y su muerte es siempre desastrosa.

Los que se arrepienten y quedan en una posición al parecer feliz, arrastran la vida más precaria, más terrible del mundo.

Su corazón no es más que un remordimiento.

Este es el hombre del día. No queda en él, de los elementos que emplea Dios para formar al hombre, más que el barro.

JUAN DE MADRID.

El miedo.

Es pasión del ánimo que figura entre las circunstancias que nuestro Código penal enumera como modificativas de la responsabilidad criminal.

Los hombres más despreocupados tienen siempre miedo á algo.

El duelista se expone á un balazo ó á una estocada por miedo al ridículo.

El escolar estudia por miedo á unas calabazas.

El impio y el hereje de toda la vida se hacen fervientes católicos en sus últimos momentos por miedo á lo que vendrá detrás.

El más valiente contra los seres animados, tiene miedo á fantasmas y aparecidos.

Pasión tan generalizada se presenta en infinitas formas. El miedo es tan vario, que resiste á todo análisis.

Todos los días viene al mundo algo que produce escalofríos en los más animosos.

Desde el decreto sobre imprenta, á ningún periodista le llega la camisa al cuerpo.

Llevan los hijos de la prensa casi cuatro años de sobresaltos no interrumpidos.

Tal es el poder de esta pasión funesta, que por ella se llega al heroísmo ó al crimen con la misma facilidad.

Los juristas pretenden que el miedo raciocina. Sólo se le admite como modificativo de una acción punible siempre que sea producido por un mal igual ó mayor que el que en su virtud se ejecuta. En un proceso en que se alega el miedo por la defensa del reo, se hace preciso que consten las circunstancias personales del atemorizado, su edad, sexo, constitución, etc., etc.

Sin embargo, no puede afirmarse en absoluto que el miedo sea cualidad más apreciable en las mujeres. La historia llena sus páginas con ejemplos elocuentísimos de heroicas matronas y de tímidos varones. Lo mismo puede decirse respecto á la edad y á la constitución física.

En algunos no deprimen el ánimo las dolencias. El que tiene un dolor de muelas es capaz de pegarse con el lucero del alba, y el que padece del estómago quisiera muchas veces reunir á la humanidad en un solo individuo, para hacerle harina.

Pero el miedo no causa siempre actos heroicos.

Actualmente reside en Madrid é invade casi todos los ánimos, haciéndose sumamente difícil el combatirle. Hay muchísimas gentes que disfrutan inspirando miedo á los demas. Los alarmistas han hecho estos días gran papel.

De café en café y de círculo en círculo han ido propalando noticias corregidas y aumentadas, y hasta citando nombres y domicilios de diferentes personas que afortunadamente no han sido invadidos.

El pavor y espanto que han logrado despertar, quizás, después de todo, sirva para algo. Si es verdad que el miedo guarda la vida, los alarmistas han hecho algo útil.

El temor ha motivado que se tomen precauciones que se habrían omitido, seguramente, apesar de las muchas declamaciones de la prensa.

Véase cómo el miedo, personaje que tan principal papel juega en el mundo, puede ser motivo de algo útil.

Pero la mayor parte de las veces hay que temer al miedo.

Muy grande me lo venía inspirando la idea de no poder terminar este artículo.

Cuando tiembla el pulso, la cabeza vacila.

BOABDIL.

El descaro.

Su constancia, ya que no sus méritos, le han valido. Llamárase vergüenza, ó modestia, ó pobreza, ó decoro, y á estas horas andaría por el mundo errante como los gitanos y expuesto á mil persecuciones y contrariedades. Pero no. Ha sabido arrostrar impasible los anatemas lanzados contra él en anteriores épocas, y hoy vémosle en el pináculo de la gloria, haciendo de la virtud pedestal de su omnipotencia, con los ojos vueltos al cielo para desafiarle, y la irónica sonrisa en los marchitos labios para mofarse de la sociedad á quien tiraniza.

¿Quién no le conoce? Es el vicio, que viéndose favorablemente acogido, arroja lejos de sí la careta de la hipocresía y hace pública ostentación de sus descarnadas y asquerosas formas; es la palabra soez que hiere nuestros oídos con una blasfemia ó un grosero insulto; la incitadora sonrisa de la lujuria y la mirada lúbrica que nos acomete; el miserable que se burla de la justicia y el crimen que se pasea en triunfal carroza. Está en los ojos que debieran mirar al lodo, donde toman forma las ideas del cerebro, de que son la luz, y que, sin embargo, miran frente á frente á los ojos de la castidad hasta hacerlos cerrarse; en el presidiario que hace cinica ostentación de la ominosa cadena; en la miseria que luce alquilados trajes. Es el reptil que quiere escalar la elevada roca porque vió posarse en ella al águila soberbia; el pregon del vicio llevado en el rostro; el pasaporte amarillento de la maldad. Va vestido de gala, y lleva en el pecho, con el mismo orgullo que podría llevar el Toison de oro ó la Legion de honor, tres placas tan asquerosas como las conchas del caimán; la desvergüenza, la insolencia y la audacia.

Adornado con ellas, no encuentra en su camino sino puertas francas y cómplices sumisos. Entra en todas partes como un conquistador; lo domina todo con su escandalosa presencia, y desafía á sus enemigos, bien seguro de que no han de prevalecer contra él mientras no empleen otra arma que la murmuración.

Buenos esfuerzos ha hecho la virtud para desterrarle; pero no logró ver satisfecho su noble deseo, y angustiada llora su impotencia. Prestar acatamiento al descaro hubiese sido una indignidad; conaturali-

zarse con él, pública deshonra; vencerle, imposible; la virtud lo ha comprendido así, y resignándose á perder el imperio del mundo, ha cedido el campo á su enemigo, y se ha desterrado voluntariamente. Bien se conoce.

Todos los triunfos, todos los éxitos, todas las adoraciones son para el descaro. Tiene por ministros los siete pecados capitales, y el mundo le hace la corte. Verdad es que las miradas de la honradez apártanse de él con enojo; pero las de la frivolidad le pertenecen por entero, y con ellas está sobradamente satisfecho.

Ocupa siempre el puesto preferente; es el íman que atrae la curiosidad con su poder irresistible, y el tema de todas las conversaciones. En la calle tenemos que apartarnos del camino para dejarle pasar; es la mujer pública, que, contenta, luce su deshonra, porque la presenta adornada con un traje de seda, ó la impunidad que nos atropella con su carruaje.

No hay sitio donde no esté el descaro: es como la culebra, que lo mismo se arrastra por el polvo que escala los más altos y copudos árboles.

Y sin embargo de sus maldades, el descaro, por un misterio difícil de explicar, no siempre nos es repugnante. La miseria inspira temor; el lujo, desprecio ó envidia, y el descaro, algunas veces, compasión.

Le vemos en el hombre con ira; en la mujer, con lástima; y es que el descaro en los ojos del hombre es un insulto; en los ojos de la mujer puede ser la locura.

¡Ah, el descaro!

Es Frine, que ha hecho prevaricar á sus jueces, y se ríe del mundo y le desprecia.

MIGUEL MOYA.

Una vacante.

La empleomanía ha sido la causa de esta celebridad.

Uno que pide un destino con urgencia, y otro que desea complacer la petición: hé aquí los elementos indispensables para nacer una vacante.

El diputado H y el ministro X se encuentran en el salon de conferencias del Congreso, en el teatro, en paseo ó en un banquete.

—Me parece que vamos á dejar de ser amigos,—dice H.

—Nunca, marqués,—responde X, ensayando la más fina y dulce de sus sonrisas.

—Necesito esa credencial ántes del juéves.

—Quería arreglarlo todo sin que hubiera sangre...

—Pues el tiempo apremia... Se trata de un elector, y...

—¡Nada! ¡nada! ¡Descuide usted!

—Nunca falta un huequecito...

—He dado mi palabra y la cumpliré...

Si no puede arreglarse cualquier combinación, en último caso, haré una vacante.

¡Una vacante! Pocas celebridades habrá más útiles para los pretendientes con favor, los ministros que necesitan adquirir simpatías, los políticos de distrito y los empleados en situación de ascenso.

Una vacante en las oficinas del Estado, me hace el mismo efecto que una baja en los campos de batalla.

La historia de la vacante suele variar, pero, por punto general, siempre es la misma.

La vacante no se reduce á una plaza que no sirve nadie, y pretenden muchos (no para servirla, por supuesto, sino para cobrar la paguita á fin de mes); la vacante suele llamarse José Perez, por ejemplo, y tener mujer, cinco hijos, suegra, criada y ama de cría.

¿Queiros más detalles acerca de ese tipo anónimo, tan útil en ciertas ocasiones y siempre tan célebre?

Oid: José Perez nace en cualquier punto de España. Muy niño todavía, aprende á leer y escribir, y en poco tiempo lo llega á hacer mejor y más de corrido que algunas eminencias del pueblo.

No juega á la pelota ni al marro, ayuda á misa, y las horas de recreo se las pasa teniendo con ambas manos y sumo cuidado interminables madejas de estambre, que devana solicita su anciana abuela, mujer sin rival en lo tocante á hacer medias de invierno para toda la familia.

Jamas sale herido en las pedreas, pero amenudo vuelve á su casa con una estampita ó un catecismo, regalo debido á su maestro, por aplicado; su madre le llama alhaja; los chicos, marica, y casi todos los del pueblo, tonto.

Estudia mucho y lo manifiesta poco; su saber corre parejas con su modestia, y así las cosas, después de cursar latin y empe-

zar la carrera de escribano ó la de cura, sobreviene un contratiempo inesperado (la muerte del padre ó la pérdida del caudal), y acaba Pepito por casarse con su prima ó su vecina, porque los dos tienen algo, y aunque para el caso no es nada, como dijo el otro, tres son más que uno, y si el capital anda escaso, lo que es hijos no faltarán.

José Perez trata de buscar un destino, y en efecto, lo busca, pero no encuentra más que buenas palabras, muchos desengaños, y á su mujer en estado interesante cada nueve meses.

Recorre con avidez las agencias de empleos y los anuncios de La Correspondencia; pero en vano: siempre llega el último cuando se trata de una verdadera ocupación, y el primero cuando es un camelo artísticamente combinado para explotar á los incautos.

Al fin logra meter la cabeza en casa de un agente de negocios, que al propio tiempo es alto empleado del Gobierno. Sienta plaza de escribiente, y á los pocos días, su principal observa con profunda alegría que ha encontrado quien, por seis reales diarios, le despache los negocios y le sirva el empleo.

Primero copia cartas, luego las redacta, despues va á la oficina con su amo, y poco á poco, enterándose de los expedientes, consigue ponerlos á todos en disposición de ser archivados.

José Perez trabaja sin descanso desde que amanece; no piensa en otra cosa que en la oficina; á todas horas con la pluma en la mano, no hay dificultad administrativa que no venza, ni caso que por difícil no resuelva, ni fórmula que ignore.

Cuando alguno le saluda en la calle, Dios guarde á V. muchos años, le contesta, creyendo que está al concluir de un oficio.

Extiende una minuta en menos de un minuto, sueña con informes y consultas, y una noche en poco saca un ojo á su mujer, porque se acostó con la pluma detras de la oreja.

Su jefe, con una caridad que las malas lenguas llaman egoísmo, le saca al fin un destínillo de 1.000 pesetas en su ministerio, seccion y negociado, y precisamente hasta en su mismo cuarto y su misma mesa.

Perez llega á ser un empleado modelo; es el primero que entra en la oficina, y el último que sale; los compañeros le encomiendan los trabajos de más importancia y responsabilidad. Todos los días de fiesta hace guardia. Las tardes que convidan á pasar se queda solo en el negociado; y nadie conoce la falta de los demas.

En su casa todos son trabajos, y sin embargo, todavía tiene la santa paciencia de llevarse trabajo á su casa.

No conoce las gratificaciones, pero está muy fuerte en descuentos.

Vive con el alma en un hilo, y no sosiega mientras queda un pliego de papel dentro de la carpeta donde dice pendiente.

Más de una vez ponen á prueba su moralidad, y las promesas y los regalitos, que desprecia indignado, no consiguen que en su limpia historia se escriba el primer chanchullo.

Llega á ser nombrado aspirante á auxiliar quinto de la seccion cuarta del negociado tercero de la direccion segunda. Y de allí no pasa.

El ministro ve su letra siempre que va al ministerio y se le ocurre despachar, pero no sabe que en su departamento hay buenos empleados, y, sobre todo, un modelo, un trabajador incansable, un tipo inverosímil como José Perez.

¡Sus compañeros de oficina si le conocen! Explotan sin compasión aquella buena fe y aquel deseo de servir á todo el mundo, y le pagan sus desvelos con unos cuantos chistes acerca de la antigüedad de su capota, y lo monumental de su sombrero.

Alguna vez, de las muchas que se toma café en la oficina, le convidan, propinándole en un vaso de cuartillo, suministrado por el ordenanza, cuatro dedos de café muy negro con dos de posos, que constituyen el sobrante de la cafetera.

Pasan algunos años; los asuntos del negociado marchan bien, gracias á la actividad de Perez. Un ministro, en recompensa á ciertos trabajos extraordinarios, hace una propuesta de ascensos y cruces. Perez no figura en ella. De sus labios no sale ni una queja, ni una censura; se contenta con su fortuna, mientras ésta le permite dar de comer á su familia; y en vez de murmurar, pega su mal humor, si alguna vez le acomete, con los papelotes, los reglamentos y los libracos que cubren su mesa, con tal profusion, que es difícil averiguar la clase de madera á que corresponden el mueble.

Perez es el humilde escalon que sirve de base y descanso á los que suben, el consuelo de los que bajan, la piedra de toque de los que tienen asuntos en el ministerio, la rueda catalina del negociado, que marcha al reloj, el autor anónimo de todo lo bueno, el responsable en primer término de todo lo malo.

Para sus adláteres es el resumen de todas las categorías, el compendio de la legislación vigente, el archivo, el registro, el oficial, el auxiliar, el escribiente.

Para los efectos de la nómina y para todo el mundo, es el último mono del ministerio.

Al día siguiente del pequeño diálogo que sirve de introducción á estas líneas, el secretario particular del ministro ojea el libro del personal en actitud hostil.

Busca un nombre para arrojarlo del mundo de los vivos al de los cesantes.

Su mirada siniestra abarca las planas del libro con una rapidéz pasmosa.

Tiene algo del cuervo, que se cierna en las alturas olfateando la carne muerta.

Todos los nombres lucen al flanco una respetable hilera de recomendaciones; el que ménos, está acorazado con la de dos ex-ministros, un general y todos los diputados de una provincia.

Al fin aparece un nombre, desvalido, solo, huérfano.

El secretario duda que haya un empleado en tales condiciones. Examina, comprueba, registra, y no quiere dar crédito á lo que sus ojos ven.

José Perez carece de padrinos; se ignora cómo entró en el ministerio; nadie reclamará contra su cesantia.

El secretario, en el colmo del entusiasmo, pone una cruz delante del nombre de Perez.

Las prácticas cristianas aconsejan poner una cruz donde hay un muerto.

José Perez pasa de la escasez á la miseria, de su destino de 6.000 rs. á la cesantia.

Una familia numerosa no tiene ya que comer, el ministro tiene una vacante, el pretendiente afortunado un empleo, el hombre de influencia un nuevo favor que agradecer al ministro.

Los periódicos no hablan de la cesantia de Perez, pero sí del nombramiento de su sucesor.

¡Pobre Perez! Su mujer llora, el ama de cría se marcha dejando á medio criar al niño de pecho, los mayorcitos piden pan, la criada se despide porque no quiere ver miserias, la suegra le echa la culpa de todo lo que pasa... sus compañeros de oficina le miran por encima del hombro, y si tiene el atrevimiento de acercarse á alguno:

—¿Quién es usted?—le pregunta.

—No se acuerda V. S? Soy Perez.

—Muy señor mio: no tengo suelto,—le contesta á paso rápido el interpelado, sopetechando de tan mísero aspecto alguna petición molesta.

¡Ah! Si los ministros tuvieran un ratito de lugar para entretenerse en examinar el cuadro horrible que producen algunas cesantias, ántes se cortaban la mano que firmanlas.

La mala administración de nuestro país, la horrible miseria que afige á la clase media, nacen muchas veces de esa celebridad útil para los ambiciosos, funesta para los hombres de bien y los padres de familia; celebridad que en el lenguaje comun se llama una vacante.

JOSÉ SOTILLO.

Variedades.

Acaba de morir en Roma una señora de la cual se está hablando bastante. Llevaba un título, tenía instrucción y talento y pasaba por rica. Há pocos años se retiró por completo de lo que se llama el mundo.

Parece que con la muerte de su marido y otros disgustos domésticos graves que tuvo, se puso algo maniática y comenzó á creer y á decir que se habia arruinado, y que adoptó el sistema de dar más vida á su dinero, gastando cada vez ménos, hasta el extremo de suprimir trajes, criados y hasta alimentos. Cuando ya á última hora fueron á visitarla los médicos, la encontraron de todo punto extenuada.

Por fin ha muerto de hambre; deja una casa-palacio, muebles de lujo y de gran valor, alhajas buenas y en no escaso número, papel del Estado, algun oro y varias posesiones, cuyas rentas no dejan de ser considerables.

Se cree que el Polyucte, de Gounod, no se estrenará hasta Noviembre en el teatro de la Opera de Paris.